

Las «opciones» democráticas

Por Rafael GAMBRA

LA II República organizó allá por 1932 las secciones de la Guardia de Seguridad tituladas «Guardias de Asalto». Era una nueva policía entrenada para combatir el alboroto y las manifestaciones callejeras. Se les dotó de material adecuado, especialmente las vergas o porras de goma y cuero que se vieron entonces por vez primera.

Ahora poseemos en cambio dentro de la Policía los «Grupos Especiales Operativos» (GEO), entrenados y armados para la lucha terrorista, que es lo de hoy como el tumulto ciudadano era lo de ayer.

La Guardia de Asalto fracasó en su misión puesto que nunca se logró un orden público estable en los cinco años de República. No por fallo humano o técnico de aquella policía, sino por la debilidad o falta de autoridad congénita en aquel régimen, nacido de la demagogia y orientado hacia la revolución.

Lo mismo sucederá, previsiblemente, con estos GEOS, que, preparados —como se nos informa— «para morir», quizá cumplan con su deber, pero presenciarán cómo los delincuentes y terroristas apresados con riesgo de sus vidas acuden a los tres días a pitorrearse de ellos ante sus propios cuarteles.

La misma presentación oficial de esta super-policía denuncia ya de por sí su falta de cimiento o sus «pies de barro». Los GEO —se nos dice— tienen «una misión al servicio del pueblo, de todos los españoles, y por encima de cualquier opción política».

Este término opción (y su bárbaro derivado opcional) se emplea aquí en su forma más equívoca, impropia y desorientadora. De él usan y abusan tanto los doctrinarios de la democracia como los clérigos progresistas. Diríase que lo que puede ventosearse en unas elecciones generales, y lo que se discute hoy en España y en el mundo, es una simple opción ante un muestrario comercial. Cuestión de gustos o de moda. Como si simplemente un partido representara —por ejemplo— una mayor protección a la agricultura y otro a la industria, o uno sugiriera una cierta descentralización administrativa frente a otro más centralista: temas discutibles, enteramente optativos y discrecionales.

Pero aquí no se trata de eso, y bien lo saben los políticos y los eclesiásticos que echan mano del término «opciones» para sus sofismas y enredos mentales. Cuando una de esas «opciones» es el comunismo internacional, y otra es la anarquía como sistema, y otra la lealtad a la fe católica y a la tradición política, y otra al troceamiento de la patria desde uno u otro ángulo, y etc.

etc., no puede concebirse que haya nada «por encima de esas (supuestas) opciones», ni que pueda cimentarse allá institución alguna, ni menos una que reclame la vida misma de sus servidores.

¿Qué queda después de eliminar la fe religiosa, la lealtad patria, la unidad nacional, la existencia misma de la patria? ¿De qué abstracta e inhóspita región serán guardianes esos soldados? ¿Qué especie de «cascos azules» de una ONU hispana habrán de ser? ¿Servidores de la Nada o del Vacío mental?

Los demócratas liberales responderán que son guardianes de la convivencia ciudadana, y que nada de aquello se elimina, sino que se convierte en opinión u opción política, alternativa y respetuosa con las demás opciones. Sin embargo, ¿qué cristiano de esta tierra verá impávido la extirpación de la fe, la ateización de su familia, de sus hijos, y de su propia alma, en una «reeducación socialista»? ¿Qué fe sería la suya? ¿Qué español presenciaría indiferente el descuartizamiento de España o su integración innominada en un universo onusiano? ¿Qué patriotismo sería el suyo? ¿Quién verá impasible la descerebración general hasta hacer de toda convicción y de toda lealtad una mera opinión, una alternativa o una opción tan legítima como cualquier otra? ¿Qué humanidad sería la suya?

Este es el gran error —y la gran apostasía— que sólo Dios sabe hasta dónde habremos de purgar. Un país dividido por abismos insondables no se reconstruye ni se gobierna legalizando esos abismos y creando otros mayores. Se reconstruye y se gobierna sobre una fe y unos principios que otorguen sentido moral a las leyes y a las conciencias.

¿Sobre qué fe y qué principios?

No sobre los que inventó un día alguien llamado Locke o Rousseau, ni sobre los que escribió Marx en el Manifiesto Comunista, ni sobre los que discurrieron un Sabino Arana o un Prat de la Riba, ni sobre los que propugnaron los adaptadores españoles del fascismo o del nacional-socialismo. Sólo sobre lo que realmente pueda considerarse como patrimonio común de los españoles (aunque no todos lo reconozcan): la fe de nuestros antepasados y la tradición política de nuestra patria; aquello que está en la raigambre de todos y no es invención de nadie.

Que afrontar la reconstrucción de un edificio es, ante todo, afrontar el problema de su cimentación. Las verdaderas «opciones» sobre la distribución de sus habitaciones o el color de su fachada vienen después, mucho después.



Personas de todas las edades participaron en la manifestación

«Cristo se queda, hoy y mañana»

«Cristo se queda, hoy y mañana». Este fue el lema que el pasado 23 de septiembre reunió en Munich a más de 30.000 católicos. Los manifestantes respondían así a la reciente sentencia de la Corte Constitucional de Karlsruhe, la instancia judicial suprema en Alemania. Dicha sentencia afirma que la ley que hace obligatoria la presencia del crucifijo en las aulas de los colegios públicos del Estado de Baviera es anti-constitucional.

En la manifestación estuvieron presentes el arzobispo de Munich, cardenal Friedrich Wetter, y otros seis obispos del Estado de Baviera. El cardenal declaró que la decisión adoptada «lejos de aportar la tolerancia deseable, siembra el descontento y la discordia en el país». Y añadió: «La decisión del Tribunal, según la cual la cruz sería una presión sobre los no creyentes y un medio de evangelización, es contraria a la verdad. La presencia de una cruz sobre la pared de una escuela no contradice ni amenaza a nadie. Al contrario, ella es el símbolo de la no-violencia y proclama el amor de Dios». El jefe del gobierno bávaro, Edmund Stoiber, afirmó por su parte que «quien pretenda desterrar de la vida pública símbolos cristianos atenta contra nuestra cultura». En la manifestación participaron también altos representantes de la Iglesia evangélica-luterana.

La polémica aunque no zanjada del todo, se ha aminorado bastante en los últimos tiempos. El presidente de Baviera desafiando la decisión federal ha decidido mantener los crucifijos en las aulas.

(Véase SP' 1995, p. 13)